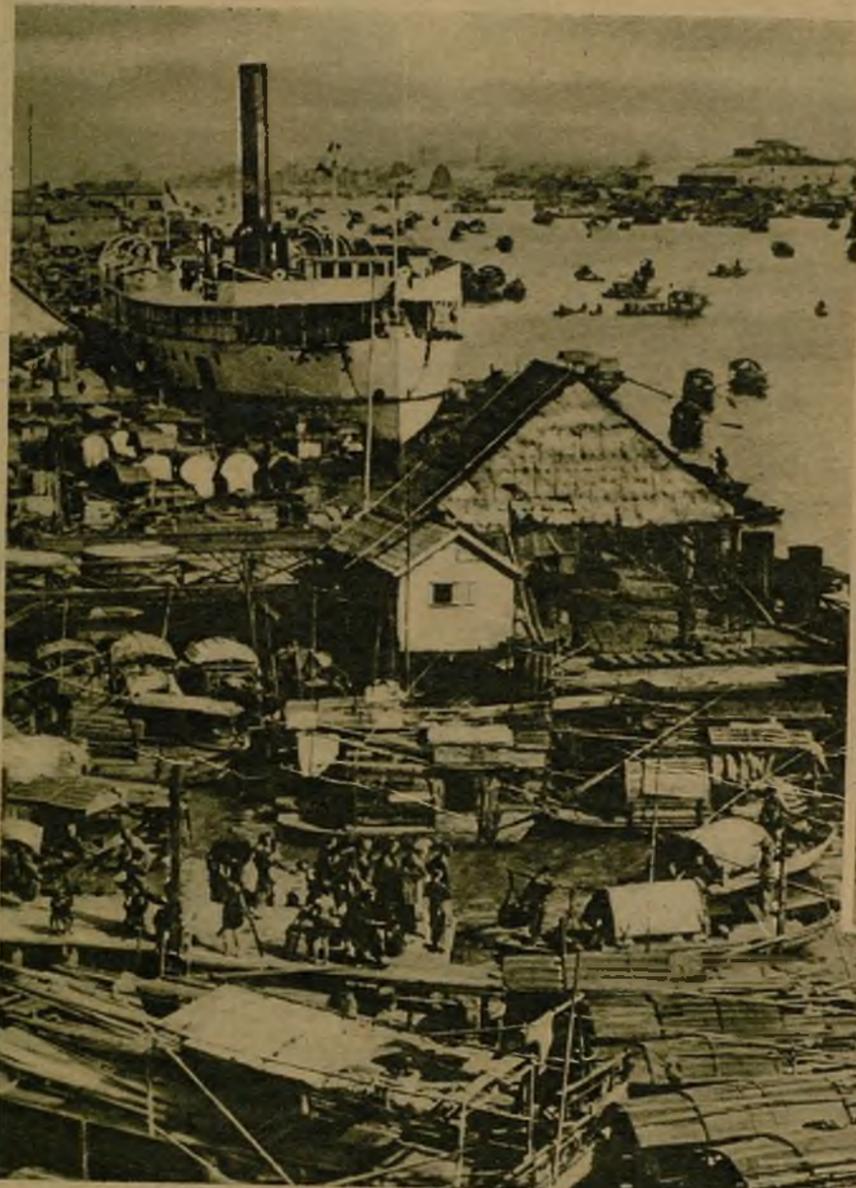


# De regreso de Manchuria el señor Vázquez Ferrer, consul de España en Shanghai, concede una entrevista al corresponsal de AHORA



Una vista del muelle de Cantón, donde también han desembarcado tropas japonesas



Estos son los tres primeros soldados japoneses heridos en los encuentros iniciales, a su llegada a Tokio

Después de una estancia de tres meses en Manchuria, ha regresado a Shanghai don Eduardo Vázquez Ferrer, cónsul de España en dicha ciudad.

Llega precisamente pocos días antes de mi marcha a Manchuria. Una charla con él puede orientarme. Los relatos de Prensa y de los festigos presenciales son de una imparcialidad muy dudosa. Incluso los periódicos chinos, y por tanto antija-

poneses, dan informaciones distintas de los mismos sucesos. Si existe este desconcierto en cuanto a los hechos, qué podrá uno colegir cuando se trata de la interpretación de los mismos.

—No olvido—digo a mi llustre interlocutor—que vengo a hablar con un diplomático. Para no fracasar, ni intentaré siquiera plantearle interrogaciones sobre apreciaciones personales. Con más razón en el caso de usted: diplomático de país neutral.

El señor Vázquez Ferrer, amable y sencillo, me agradece que sea yo mismo el que me ponga justamente en guardia ante las exigencias ineludibles de la discreción diplomática.

—¿Qué objeto tenía su viaje a Manchuria?

—Informar al Gobierno español de la situación en aquel territorio.

—¿Misión grata?

—Siempre es grato cumplir las órdenes de los superiores. El Ministerio de Estado español me ordenó ir a Manchuria y obedeci gustoso.

—¿Encontró usted facilidades en el desempeño de su misión?

—De mis colegas de otros países, todas las facilidades que podían ofrecerme. Los japoneses, por su parte, tampoco pusieron obstáculos. Pero, naturalmente, yo no podía olvidar que en un territorio en guerra las gestiones, de cualquier índole que sean, no se realizan fácilmente. Además, los acontecimientos en Manchuria se han desarrollado, mejor dicho, se están desarrollando con una rapidez cinematográfica, por lo que la situación cambiaba de aspecto de un día para otro.

A pesar de mis seguridades al principio de la charla—sin las cuales, probablemente, ni siquiera se hubiera establecido el diálogo—, deallo una pregunta sobre el juicio que le merece la situación en el territorio manchuriano.

El señor Vázquez Ferrer sonríe comprensivo:

—¿No habíamos quedado en que era usted el primero en darse cuenta de las responsabilidades de mi cargo?—me dice.

—No le pido una opinión—contesto—sobre quiénes son los agresores y quiénes los agredidos...

—Eso no se sabrá nunca de una manera fehaciente. Ni respecto a este conflicto ni respecto a ningún otro. Cada adversario tiene su tesis. Todavía se des-

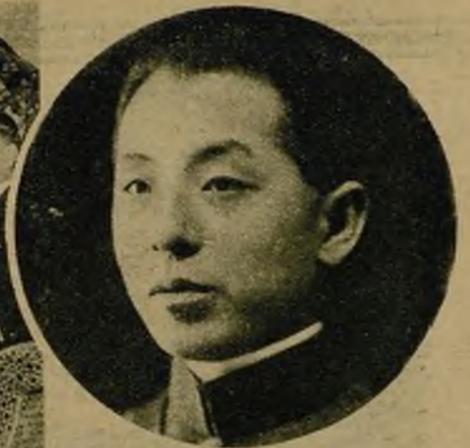
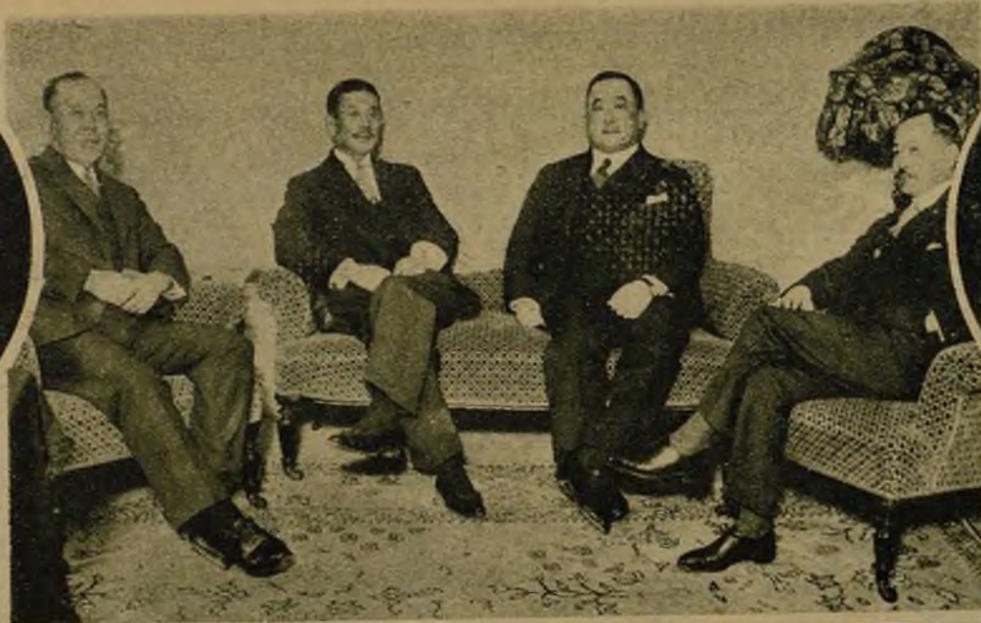


Grupo de aviadores chinos ante un aparato militar. Según las últimas noticias, los pilotos de China han logrado derribar varios aviones japoneses en Chapei



El general Araki, ministro de la Guerra del Japón (F. Keystone)

La Delegación japonesa que interviene en la Conferencia del Desarme



El general Chang-Sue-Liang, gobernador de Manchuria

cute sobre el culpable de la Guerra europea... En último término, la Historia...

—Largo me lo fais.

E insisto:

—Pero algo podrá usted decirme sobre cómo juzga la situación.

—Grave. Se puede ser más o menos optimista en cuanto al porvenir, pero la situación de momento en Manchuria merece la máxima atención.

—¿Cree usted que los japoneses, como han prometido, se retirarán de las ciudades manchurianas en cuanto se les garantice la seguridad de sus compatriotas?

El señor Vázquez Ferrer ya no me llama al orden. Se limita, sencillamente, a eludir las respuestas que yo busco.

—Creo bastante difícil que les pueda ser garantizada esa seguridad.

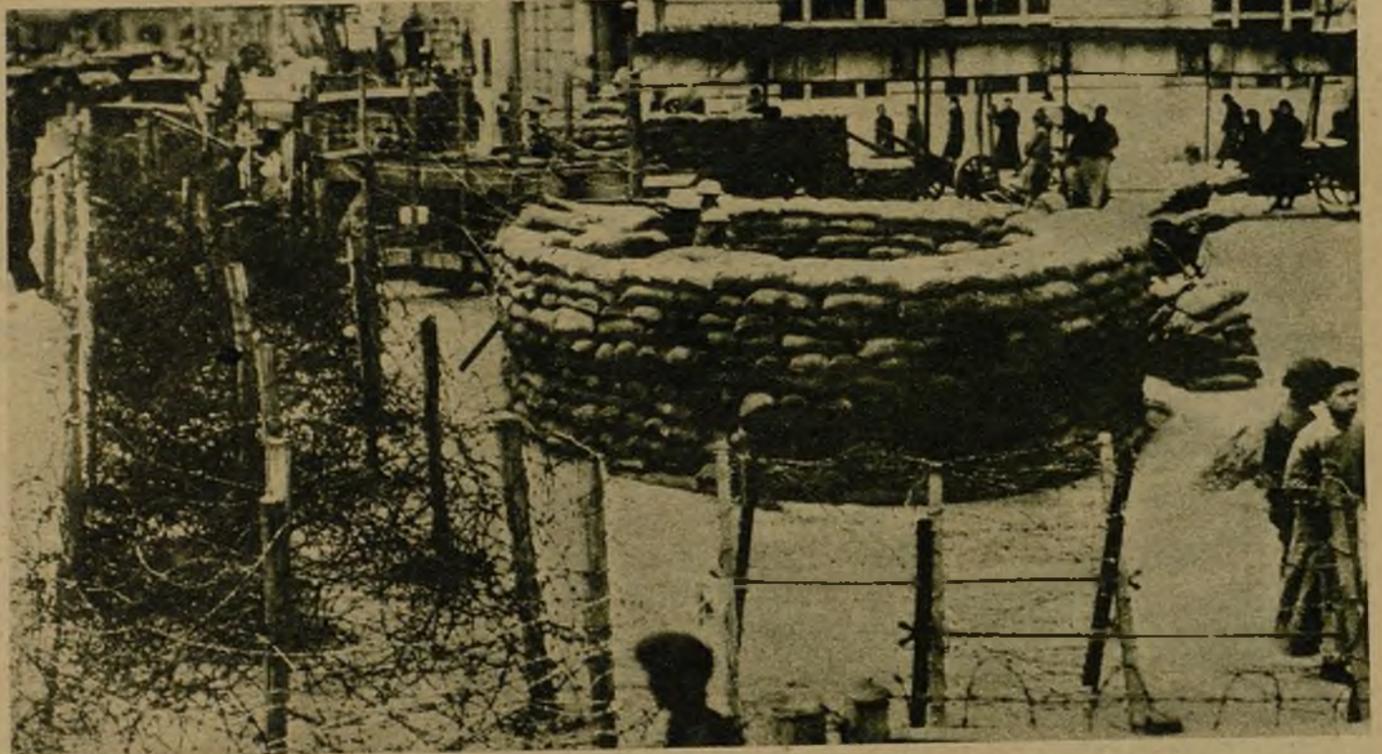
Renuncio. Es decir, renuncio a lo que sé que no obtendré en manera alguna.

—¿Quiere usted que hablemos del frío que pasó?—me dice para consolarme.

—Crea usted que era una temperatura como para que nos envanezcamos quienes hemos sido capaz de soportarla. Veinte grados bajo cero muchos días, y con el viento helado de Siberia para consolarnos.

—¿Visitó usted a las autoridades chinas de Mukden?

—Y a las japonesas. Un informe de la



Barricadas de sacos de arena emplazados por las tropas chinas en las calles de Shanghai



Cuando la situación era sólo crítica y aún no trágica, en Shanghai. Automóviles blindados recorriendo la concesión internacional

Don Eduardo Vázquez Ferrer, cónsul de España en Shanghai

indole del que se me ha encomendado tiene que limitarse a referir hechos y conversaciones. Acompañado del señor Garrido, ministro de España en Pekín, visité al mariscal Chang-Sue-Liang, gobernador de Manchuria. Enterado de mi misión, me facilitó amablemente cuantos datos hube de pedirle. Al partir de Mukden fui despedido por las autoridades chinas. Pero repito que las autoridades japonesas me dispensaron igualmente todo género de atenciones.

Al salir del Consulado, tengo que dejar paso a una manifestación de estudiantes. Reclaman la inmediata declaración de guerra al Japón. ¡Pobres muchachos! ¡Están convencidos de la victoria!...

Mauricio FRESCO

